

VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2014.

La pasión del jugador.

Baur, Vanesa.

Cita:

Baur, Vanesa (2014). *La pasión del jugador. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-035/170>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecXM/uCA>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA PASIÓN DEL JUGADOR

Baur, Vanesa

Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Mar del Plata. Argentina

RESUMEN

En este trabajo abordamos la problemática del llamado “juego patológico” desde una perspectiva clínica que nos permite localizarlo como posición del sujeto y no como trastorno del comportamiento. Los términos pasión y vicio propician dicha articulación. Esta toma como punto de partida la consideración de un caso atípico cuya entrada en el dispositivo analítico pone de manifiesto las condiciones de aparición del fenómeno. El mismo es abordado, por una parte, en su aspecto compulsivo desde el mecanismo que operaría en las adicciones. Por la otra, se explora la pasión del jugador por el desciframiento de la clave de la suerte supuesta en el Otro.

Palabras clave

Jugador, Pasión, Compulsión, Desciframiento

ABSTRACT

THE GAMBLER'S PASSION

In this paper we approached the problem of the “pathological gambling” from a clinical perspective that allows us to locate it as position of the subject and not as a behavioral disorder. Terms passion and vice propitiate this joint. This takes as a starting point the consideration of an atypical case whose entry into the analytical device reveals the conditions of appearance of the phenomenon. This is boarded, on the one hand, in their compulsive aspect since the mechanism that would operate in addictions. On the other, the passion of the player by the deciphering of the luck's key supposed in the Other is explored.

Key words

Gambler, Passion, Compulsion, Deciphering

En nuestros días, proliferan los agrupamientos de anónimos reunidos por el comportamiento. Entre ellos encontramos a los ludópatas, anónimos que padecen del juego. O que padecen jugando. O que juegan enfermizamente. Variantes de lectura de un sintagma curioso como el que une el juego al padecer en términos de “patología”. Sin embargo, más allá del impulso al goce de la época (verificable, por ejemplo, en la proliferación de ofertas de casas de juego), lo peculiar del juego patológico podría llevarnos a recuperar dos términos no tan de moda para acercarnos a la posición del jugador: pasión (otra versión del pathos, que alude a la consistencia del ser eludiendo la división subjetiva) y vicio.

Justamente “el jugador” es nombre de una posición subjetiva que me interesa recorrer aquí en torno a la singularidad de un caso que me ha convocado a pensar las características del fenómeno y su presentación singular. Intentaré en este recorrido establecer relaciones entre el juego compulsivo y el mecanismo propio de la adicción (en términos freudianos). Pero también me interesa dar cuenta de aquello que lo particulariza. En este sentido retomaré las puntuaciones de Héctor López, quien señala “La pasión del jugador es descubrir el saber oculto del azar, esa regularidad caprichosa de los números cuya legalidad sólo conoce el Otro que no existe” (López, 2007).

Cosimi (1997) propone considerar al caso en su atipicidad, en tanto nos muestra, como una ventana abierta en lo esperable, sus rasgos peculiares y distintivos. El autor retoma a Víctor Tausk, quien construyó su tesis acerca del “aparato de influencia” a partir de un caso único y atípico respecto de la presentación clínica regular, como una “forma aberrante” del mismo. Pero agrega “muy a menudo son sólo las variantes y las formas asociadas las que dan ocasión de investigar los orígenes y las condiciones de aparición de los fenómenos” (Cosimi, 1997:25). El caso considerado en su atipicidad funciona como ventana en el muro configurado por la uniformidad de lo típico.

En este sentido, voy a referirme a un sujeto que no es un típico jugador. Un personaje tal sería el que retrata Dostoyevski en su conocido relato, o pone en acto Saer en “Cicatrices”. El paciente a quien me referiré reúne algunos de los criterios que plantea el DSM IV para el diagnóstico de “juego patológico”, pero lo que me lleva a considerarlo atípico es que su entrada en el dispositivo de escucha y en la transferencia hizo correr a un segundo plano el asunto del juego y reveló rápidamente las condiciones de aparición del fenómeno. Esta tarea de “investigar los orígenes” además fue correlativa de la puesta en discurso de inhibiciones e impedimentos. Carlos consulta a sus 29 “casi 30” años porque, refiere, “tengo problemas con el juego”. Se trata de que va al bingo a jugar a las maquinas tragamonedas desde hace dos años, con algunos períodos de interrupción, el mayor de los cuales duró 4 meses. Estas interrupciones se produjeron cuando Carlos se quedó sin dinero y pidió ayuda “para su problema” a algunos miembros de su familia. El circuito del juego se interrumpía transitoriamente con la articulación de una dirección al Otro vía demanda. En una de esas oportunidades inició consultas “con un psicólogo especialista”, rápidamente dejó de jugar, por lo cual comenzó a concurrir a las sesiones cada 15 días y... a los 4 meses volvió a las máquinas. El trabajo en las primeras entrevistas con Carlos fue crucial en términos de “dirección al inconciente”. Él traía algunas explicaciones neurobiológicas del mecanismo endorfinico que sostenía su adicción y ninguna hipótesis acerca del desencadenamiento de su padecer en términos de historia subjetiva. Este fue el primer efecto del dispositivo analítico, historizar acerca del inicio de su *pasión*, vía que llevó al padecimiento que comenzó a transformarse en pregunta en el curso del tratamiento: las dificultades para relacionarse con las mujeres y la impotencia sexual “porque no hago las cosas que hace un hombre a mi edad”. Efecto de sorpresa en Carlos al encontrarse con que, casualmente, había empezado a jugar poco tiempo después de una decepción amorosa en que una novia lo dejó y con quien había tenido por primera vez un episodio de impotencia; a la par que era el momento en que ganaba sus primeros sueldos “y no sabía manejarme con la plata como un hombre”.

De su decir recorto “me pasaba que no sabía cómo, sin proponérmelo, terminaba llegando al bingo, salía de casa con una tensión en la panza en el bajo vientre, taquicardia, sudoración, temblor en las manos, que solo se calmaba cuando estaba frente a la máquina”, modo del sujeto de dar cuenta de la mortífera repetición de lo mismo, que toma al sujeto y lo arrastra en un “no pienso”.

El asunto no era el dinero, como nos lo enseñan inveterados juga-

dores. Carlos ganaba poco y cuando perdía no tenía fuentes de financiamiento de las deudas, que tampoco se procuraba. Quedarse sin plata llevaba al punto de “pedir ayuda para frenar” y sustituir la máquina por la pantalla de su PC, jugando al póker. Su juego no es contra el partenaire, más aún, el partenaire lo perturba. Carlos muestra en su jugar que el asunto es contra el Otro enigmático, el del azar al que se apuesta poniendo a prueba la suerte. Cuando articula un pedido, que es otra modulación de la dirección al Otro, si éste no es alojado, Carlos queda nuevamente frente al recurso de la pantalla.

En el tratamiento, cuando deja de jugar hay un período de alivio, pero no tardan en aparecer sensaciones displacenteras, muy próximas a la angustia. Retoma las actividades en el Instituto donde estudia, y no puede permanecer allí porque le agarra un incontenible dolor en la panza. En las entrevistas se irá reconstruyendo esta escena en que el cuerpo irrumpe, poniendo en palabras el guión fantasmático que expresa: “no puedo hablar, me veo como un nadie ahí parado; pienso que todos entienden las clases y que yo por ser más grande ya tendría que saberlo”. El equivalente angustioso aparece cuando se trata de sostener la escena con los semejantes, un nuevo significante empieza a circular, “la timidez que siempre tuve”.

Será “no poder hacer las cosas que hace un hombre y ya las tendría que estar haciendo” lo que irá tomando lugar de impedimento en el tratamiento. Serán también las marcas de sus relaciones infantiles las que se desplegarán: un padre que nunca dice nada claro (tampoco le habló nunca de mujeres, se queja), una madre solitaria, encerrada y temerosa. Esta construcción de escenas se produce en un marco de instalación de suposición de saber, en el que trae sueños repetidos cuyo texto es: “manejo y no puedo controlar el auto”. Dejemos momentáneamente a Carlos para articular las dos vertientes que mencionaba al inicio: el vicio y el lugar del Otro y el azar en el juego.

Por el lado del vicio

“... hablan de vicios solitarios y de vicios que no lo son. Todos los vicios son solitarios. Todos los vicios necesitan de la soledad para ser ejercidos. Asaltan en soledad. Y al mismo tiempo son también un pretexto para la soledad...” (Saer 1969:123) Dice Sergio, vicioso jugador, personaje de una de las historias de Cicatrices de Juan José Saer, apuntando con la precisión del artista a una verdad de la estructura.

En su texto “Dostoyevski y el parricidio” Freud se detiene en la compulsión por el juego del ruso para quien, interpreta Freud, el juego implicaba también un medio para el autocastigo. Retomando aquella puntuación en la cual un comportamiento adictivo sustituye la masturbación, Freud afirma que “la pasión del juego es realmente un equivalente de la pretérita obsesión onanista” (Freud 1927:3013), sin dejar de poner el acento en la “actividad apasionada de las manos” del jugador y en la conservación de los reproches y promesas de no volver a hacerlo.

Resulta interesante la expresión “equivalente” de la satisfacción onanista, que señalaría algo diferente al mecanismo de sustitución. La equivalencia implica igualdad, la sustitución “pone una cosa en lugar de otra”. Implica la dimensión de la otredad, de la otra cosa, de la metaforización con la cual hay un resto. Podemos analogar el uso del término “equivalente” al que Freud hacía en los textos de 1895 acerca de la neurosis de angustia. Su descripción semiológica ponía en el centro al ataque de angustia y mencionaba sus expresiones equivalentes junto a la excitabilidad general y la expectativa angustiosa, “pudiendo además cada uno de los síntomas concomi-

tantes constituir por si solos el ataque, lo mismo que la angustia” (Freud, 1895:185)[i]

El sentido del juego como equivalente del autoerotismo nos remite a la dificultad en la tramitación psíquica de la excitación sexual, tal como Freud proponía explicar a las neurosis de angustia. Señalemos también que el esquema de 1895, por el cual la insatisfacción sexual se torna tóxica, admite ser tratado como una analogía en la cual lo que señalamos ya no es un “componente químico” sino una falta de tramitación simbólica del deseo sexual.

También podemos tener en cuenta, siguiendo a H. López (2004) en su argumentación acerca de las adicciones, que existe otra vertiente freudiana que permite situar a la adicción como una pasión por evitar el dolor. Es la que conocemos como su función de quitapenas, subterfugios humanos para sedarnos respecto del dolor de existir. Este aspecto es trabajado por H. López en términos de mecanismo de cancelación, cortocircuito, atajo que elude el rodeo por el Otro a través de los carriles de la demanda, solución ésta que sería propia de la neurosis. Así el adicto eludiría el circuito de la palabra, pero esto no implica desconocer su particular actividad fantasmática ni tampoco el carácter simbólico de la droga, creación del lenguaje que excede la realidad química.

Hasta aquí podemos encontrar entre jugar compulsivo y adicción este punto de coincidencia en la satisfacción autoerótica a la que equivalen. Recordemos el decir de Carlos que describe las sensaciones de excitación que preceden el momento del jugar, como también la eclosión de su compulsión, ligada a la entrada en la escena sexual. También encontramos el recurso a evitar el dolor... de panza, equivalente angustioso, por la vía de la repetición.

Pero hay un elemento más en el artículo sobre Dostoyevski, y es la articulación del juego- equivalente de la satisfacción masturbatoria, con la culpa y el autocastigo. En este sentido podemos recuperar el término vicio, con la resonancia moral que tiene para el sujeto, dejando planteada la cuestión de la dimensión superyoica en la repetición compulsiva.

Por el lado del azar

Ubicamos un mecanismo común a las adicciones pero ¿en el juego se elude el circuito del Otro? ¿Es indiferente que el juego, con sus reglas y azares, sea una trama simbólica?

Carlos decía que, en el momento de su pasión “me creía que iba a poder saber cómo ganarle a las máquinas, me la pasaba haciendo cálculos y estadísticas”, dando cuenta de una esperanza de triunfo a través de la decodificación, pero ¿es quien juega un sujeto puro del cálculo? Volvamos a Sergio, aquel personaje de Cicatrices. Él describe su relación con el juego y el azar afirmando: “Yo jugaría incluso contra un tipo que me esté haciendo trampas, si la trampa que hace me permite alguna chance (...) no hay trampa que valga cuando un tipo tiene la suerte de su lado” (Saer, 1969:128). Que tiene la suerte de su lado es lo que busca comprobar el jugador; a través de la apuesta, comprobar que está en la Gracia del Otro. Citábamos al inicio a H. López “La pasión del jugador es descubrir el saber oculto del azar, esa regularidad caprichosa de los números cuya legalidad sólo conoce el Otro que no existe”. Justamente, el sinsentido del azar es refutado por el jugador, quien pretende que hay un sentido en el Otro, por lo tanto este es consistente, y este sentido, si bien enigmático, sería descifrable a través de lecturas de las series y, en última instancia, en la suerte (otro nombre de “estar agraciado por los dioses”). Una vez más el Diccionario nos sorprende, contando como una de las acepciones del vocablo suerte: “como contrapuesto al azar en los dados y otros juegos, puntos con que se gana o acierta”.

Encontramos en nuestro jugador el cortocircuito, el atajo que eluda

el dolor de la espera, que anule “los tiempos dolorosos del recorrido metonímico del deseo desbordante” (López 2007). Pero, a diferencia del toxicómano, aquí está en juego el Otro, la apuesta por su consistencia, por el significante que sería posible encontrar entre las series. Otro, respecto al cual el jugador vive pendiente de las pruebas de que lo cobija (o no) con su suerte.

Y en la transferencia?

Carlos, un jugador atípico, pudo entrar en el dispositivo analítico a partir de la oferta de una escucha que fue abriendo lugar a la historización y al establecimiento de otras escenas tramando la repetición. La impotencia comenzó a sintomatizarse como pregunta para el sujeto convirtiéndose en un drama propio de la degradación general de la vida erótica: Carlos vuelve a tener relaciones sexuales, encontrando que sólo le resulta accesible la mujer fácil, en tanto “idealizo demasiado a las que me gustan”.

Este tiempo preliminar del tratamiento posibilita la apertura de la dimensión subjetiva, a la par que se produce un re establecimiento del campo de satisfacciones del sujeto: volver a estudiar, mejorar en sus condiciones laborales, retomar relaciones con amigos. Claro que se atravesaron momentos en que Carlos decía “casi me voy a jugar, me dieron muchas ganas”, ya que no jugar dejaba en carne viva las cuestiones a las que no se enfrentaba, entrando en un circuito mortífero de autorreproches por la “falta de voluntad”. Desde el lugar del Otro se sostuvo la división en él que señalaban los “dolores de panza”, un “algo te pasa” que hizo posible el despliegue de la timidez como un impedimento. Jugar, como señalábamos, también le permitía eludir todo encuentro con el semejante.

Para finalizar, recortaré dos secuencias que dan cuenta de los efectos del tratamiento más allá del “comportamiento patológico”.

Una sesión despliega las quejas acerca del padre que nunca le supo enseñar a manejar, las asociaciones llevan al miedo que le da equivocarse, “hay tanta responsabilidad, se puede matar a alguien”. Digo “a veces hay que animarse”. Se ríe, “anoche soñé que manejaba tranquilo y bien, mi papá iba al lado”. Luego de esta sesión empieza una estrategia para aprender a manejar.

En otra oportunidad, no lograba decidir si asistir a un compromiso en el que se sentía “presionado” a estar con una chica. A diferencia de otras veces, en que sus “decisiones” eran producto de algún elemento azaroso que lo precipitaba a actuar (en el estilo del hombre de las ratas y el mozo del tren), esta vez desgranaba sus razones en la sesión, quizás esperando que alguna señal le diga qué hacer. Se fue diciendo “me parece que le voy a decir que no voy”, no encontró aprobación ni rechazo. Pero volvió a la sesión siguiente muy contento diciendo: “me la jugué y fui”. “Me la jugué” será el modo de dar cuenta de su posición en las situaciones en que decide arriesgar... a propia cuenta.

Finalmente, lo atípico de Carlos, un jugador que deja de jugar, me permitió poner la lupa en los mecanismos que dieron lugar a la eclosión de un vicio que no es uno más, en tanto revela un modo pasional de sostener la consistencia del Otro, a través de la recuperación de un plus de goce que arrasa con el sujeto y sus posibilidades deseantes. Será ocasión de otras reflexiones preguntarnos por la singularidad de Carlos, por su posibilidad de no consumirse por entero en la pasión.

NOTA

[i] Estos pueden leerse en el sentido que tienen en medicina: un equivalente no es un sustituto de un proceso sino una de las formas de manifestación del mismo. Por ejemplo, la fiebre es el aumento de la temperatura corporal por encima de los 38° y sus equivalentes pueden ser los temblores en el cuerpo, escalofríos, hipotensión.

BIBLIOGRAFIA

Cosimi, A. (1997) “Texto clínico y contexto” en Estudios psicoanalíticos en la Universidad. Homo Sapiens. Rosario.

Freud, S. (1895) “Sobre la justificación de separar de la neurastenia cierto complejo de síntomas a título de neurosis de angustia” en Obras Completas vol. 1 Biblioteca Nueva. 1996.

Freud, S. (1927) “Dostoyevski y el parricidio” en Obras Completas vol. 3 Biblioteca Nueva. 1996.

López, H. (2003) Las adicciones. Sus fundamentos clínicos. Lazos. Bs. As.

López, H. (2007) “Los duendes del azar” en Revista Imago Agenda nº 112. Agosto 2007. <http://www.imagoagenda.com/revista-indice.asp?IdRevista=18>

Saer, J. J. (1969) Cicatrices. Seix Barral. Bs. As. 1994.